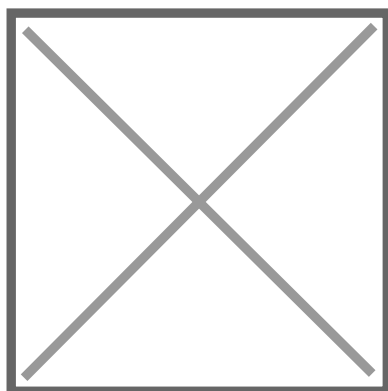




Pedro de Oña: 400 Años

Si se han de atender las pragmáticas de don Américo Castro, acaso sea lícito atribuir "chilenidad" lisa y llana a un caballero nacido en 1570 en el vasto territorio que hacia esa fecha ocupaban los españoles, al sur del Perú, en las llamadas Indias occidentales. Pero, como por algún rasgo había de distinguirse a los que aquí nacían de sus progenitores metropolitanos y de los aborígenes circundantes, nada mejor desde luego que adelantarse a Foullée, a Madariaga y a otros priolo-logistas de pueblos y conjeturar la precorruptela de un conjunto definitorio de peculiaridades autóctonas.

La voz "chili" o "chili", que según se afirma, fue comunicada por pajarrillos de estas regiones al extenuado Diego de Almagro en su cuerpo a cuerpo con la sed y el hambre del Descubrimiento, sirvió no sólo para designar la comarca que llegaría a poblar el extremeño Pedro de Valdivia; también, mediante un arabesco simbólico, sacramental la presencia de los hombres encargados de llevar más desinteresadamente la cabeza a picar en estas latitudes: los poetas.

No resulta, por tanto, demasiado insólito proclamar la "chilenidad" del angolino Pedro de Oña y Acuña, venido al mundo hace cuatrocientos años en las obreras circunstancias de una guerra sin cuartel en una ciudad de emergencia y frontera. Hijo de Gregorio de Oña y de Isabel de Acuña, "personas de escasos recursos económicos", como amaeta Miguel Ángel Vega en obra reciente (1), Pedro, que no obstante las escuadras históricas, parece vivir por más de veinte años en el

reino de Chile, paradójicamente no abrazará la carrera de las armas, sino la de las letras. Y dentro de éstas consagrará su vocación por la poesía.

"Hecho piezas" inicialmente el padre por los indios en los devastadores hitos de Arauco, soldado del Rey y hombre de pre en la vida angolina aquel, Pedro acompaña a su madre en las vicisitudes harto penosas de una viudez desprovista de hacienda y sometida al temblor constante de las incursiones indígenas de muerte y despojo. Casada, al fin, en segundas nupcias, con don Cristóbal de la Cueva, encomendero de clara linaje, aunque de "pocos haberes", doña Isabel de Acuña, que con el tiempo dará once hijos a su esposo, envía a Pedro al Perú para que complete sus estudios humanísticos. En la ya floreciente Universidad de San Marcos, Oña se perfeccionará en Arte y Teología. Lo veremos licenciarse en 1595. Frente a la aserción de que allí alcanzó el título de abogado, Miguel Ángel Vega, investigador prolijo, se muestra incrédulo. Prefiere para Oña la también digna condición de Licenciado de San Marcos. Eso le sirvió —a palabras del exégeta chileno— las puertas de las academias y de los salones literarios.

En 1595, residente en Lima, publica Oña "Arauco domado", que va a constituir su obra cumbre. En opinión de otro célebre escolástico chileno, Eduardo Solar Correa, "tres poetas —Ercilla, Garcilaso y Góngora— se alían en la obra del vate indiano: un épico y dos líricos. Tal es la fórmula espiritual de nuestro autor, dos veces más lírico que épico".

En efecto, como muy bien observa Solar Correa, "en su dirección por Góngora y Garci-

laso (Pedro de Oña) precisa ver un movimiento capentinero de su alma —y adviértase que se trata de los poetas más fines, más refinados del Parnaso español—; Ercilla, en cambio, se fue impuesto por el medio, por la tierra, y tan abnecadamente que, no obstante la oposición de su temperamento, no pudo nunca secudir su influencia. Ni en los postreros días lo abandonó la obsesión de ser un poeta heroico a la Ercilla —su última obra importante denuncia otro consuelo épico— y ya sabemos que desde muy temprano comprendió que aquélla no era su cuerda".

Es decir, ayer, hoy, mañana, el poeta suele fabular contra sí mismo. En el caso particular de Oña, la leyenda parece envolverlo desde que nace, según se desprende del texto de Vega. En primer término, surge la vida en la ciudad más polemica del Flandes indiano, y, para colmo, quizá a modo de conjuro defensivo, provista de tres nombres: San Andrés de Angol, los Infantes de Angol y Los Confines. Miguel Ángel Vega recuerda al respecto una apuntación del erudito Dimasmar en el sentido de que en San Marcos, al fijar su oráculo, Pedro de Oña registró Angol en 1590, Los Confines en 1592, y Los Infantes en 1593" (con referencia a los Infantes de Lara, de los que aseguraba descendir don Andrés Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, según el cronista Mariño de Lobera).

Ahora bien, fundada por Valdivia en 1533, "en una hermosa vega situada frente a los ríos Vergara y Mañeco", destruida varias veces por las indomables menudas araucanas que la veían como verdadera punta de lanza extranjera en el reino de su territorio, Angol no podrá durante largo tiempo ser sino lo que es en 1570: una modesta y temeraria ciudad de frontera en guerra. Así lo sostiene Medina, Juan López de Velasco, cronista y cosmógrafo de Felipe II, tema a su turno la tarea de dar la nota optimista a que siempre son afechos los intermitentes palatinos. Basada en la imaginativa visión de López de Velasco, Enrique Malta Vial describe en la primera Angol la existencia de hospitales, iglesias, conventos, cuarteles militares y numerosas casas de

vecinos, algunas de ellas "ogulentas y amecadas", aparte la inagotable producción de vides y la críasis de ganado, que creaban un provechoso ítem de exportación hacia lo que sería Argentina.

Verdad o exageración la prosperidad tempranísima de Angol, el hecho real es que en ella y materialmente de visu se enforó el niño Pedro de Oña de la magnitud de la guerra de Arauco. Sus ojos tuvieron ocasión de contemplar la indómita valentía del indio y la original provisor de las esperas que constituían la riqueza ecológica de aquellos confines. Ninguna de estas experiencias, sin embargo, adquiere relieve en su proyecto épico. "En esta selva austral —escribe, sorprendido, Alenc— indómitamente, buscaríamos robles, maníos, álamos, o araucarios; allí están las especies europeas que aún no habían llegado al país: los álamos, los sauces, los fresnos, el ciprés, Bajo sus frondas circulan jabalíes y leopardos. En las copas cantan los ruiseñores, ¡Menosprecio de la flora y fauna originales!; ¡Timidez ante las palabras no consagradas por el uso poético! ¡Simple ceguera para mirar las nuevas realidades! Probablemente, algo de toda...".

Sumando: en la intención épica de Oña refuerzan Ercilla, Garcilaso y Góngora; crecen los sauces, los cipreses y los fresnos; cantan los ruiseñores; rebosan los leopardos y los jabalíes, y los araucanos son abolados a corto plazo por los españoles. El "primer poeta chileno" empieza así por subordinarse, no al imperio terrigeno del país en que nace, sino al orden internacional de un lenguaje poético.

Quizás se haga autoexplicado, simplemente, en esos años: Nadie es poeta en su tierra.

Otro tanto hacen hoy Cortázar y Borges, pero no siempre Neruda.

Pedro de Oña vivió más en abril de 1595, recuerda Vega. Allí se pierde su rasgo en el tiempo. Con todo, no deja de ser raro que, pese a muchas y denunciadas imperfecciones, siga viviendo después de cuatro siglos.

L. S. I.

(1) Miguel Ángel Vega, La Obra Poética de Pedro de Oña (Orbe, 1970).

Pedro de Oña, 400 años [artículo] L. S. L.

Libros y documentos

AUTORÍA

L. S. L.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pedro de Oña, 400 años [artículo] L. S. L.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile